



Muchachas

en bicicleta



EN Madrid anuncian la primavera las mariposas, las vendedoras de lilas y las señoritas montadas en bicicletas.

Con la llegada del buen tiempo primaveral se llenan las calles de esas maquinitas niqueladas que pasan junto al peatón formando un ruido de abejorro, o sonando a nuestro lado el timbre como si lo lleváramos en los bolsillos.

Es la época del pedal. No hay señorita que no quiera vivir sobre ruedas. Hay una verdadera fiebre por este deporte en estos tiempos de restricciones de gasolina.

En Madrid (donde pasan de once mil las bicicletas) la usan más las mujeres que los hombres. Las muchachas, montadas en sus rápidos artilugios, van alegres y sonrientes, al aire la melena, haciendo un movimiento de afilador, quitándole aspereza al paisaje urbano con las bicicletas, que son como gafas que le salen a la calle. La señorita ciclista satura el ambiente callejero de feminidad, de fugacidad, de capricho e intrascendencia.

Es como una ilusión que pasa.

Y se las ve correr audaces entre los pesados camiones, los chirriantes carros, las veloces motos y los taxis, en ágiles movimientos de zigzag, eludiendo en caprichosos esguinces el hinchado morro del autobús.

Metida la señorita ciclista entre la barahunda de vehículos, se os va, se os escapa de vuestra visión. ¿Dónde está?, os preguntáis con miedo, creyendo que se la ha tragado ese ogro de la circulación; pero en seguida la veis salir triunfante, sonriente, erguida en su maquinita, delante de todos los artilugios callejeros, que parece que se han reunido para darle escolta a la viajera.

La bicicleta vuelve hoy por su viejo prestigio. Antaño fué cantada en romances callejeros, en coplas de arrabal o de zarzuela; pero el automóvil, movido por sí mismo, mermó la reputación de estos apatuscos que necesitan las piernas del viajero para ir de un lado para otro.

Y es que, para trasladarse en bicicleta a cualquier parte, hay que hacer un pacto con la máquina: ella le lleva a usted y usted a ella. Sin esta colaboración, no hay viaje posible.

Es, también, la máquina de la juventud. Las muchachas van hoy en bicicleta a sus estudios universitarios, a sus oficinas y a sus quehaceres. Los domingos huyen de Madrid las alegres caravanas de señoritas ciclistas, lanzadas en carreras vertiginosas por las bruñidas carreteras, en busca de la Sierra.

Este artilugio es simple, sencillo, sin complicaciones.

Y barato.

Sólo necesita aire. A veces hay que inflar los neumáticos, pues el aire es para la bicicleta como el elogio para el artista: lo hincha.

Se viaja sobre esta maquinita sin preocupaciones ni disgustos. No es el automóvil movido por la gasolina (la "sangre negra de la tierra"), que se para en cuanto se le acaba el cupo, y al que tenéis que encerrar en la "jaula" como a una peligrosa alimaña o lo tenéis que alimentar con leña para hacerlo andar, poniéndole la giba del gasógeno; no es el motor de sangre, que exige para la marcha un vocabulario especialísimo, sólo conocido por los arrieros...

No.

La bicicleta es una cosa alada, fugitiva, suave, sin el estrépito de los cañonazos de las motos ni los temblores nerviosos que padece el automóvil antes de arrancar.

Algunos detractores de estas máquinas arguyen que son inestables, como promesa femenina o como nómina de temporero, y que además sienten un irresistible deseo de irse contra los árboles de las carreteras. Pero la culpa de esta fobia forestal no es de la bicicleta, sino de la viajera, que a veces (no se sabe a qué obedece esta manía) se lanza, intrépida, sobre los troncos, en una lucha desigual. Para evitar esta atracción que ejerce la masa arbórea sobre algunas ciclistas, se les recomienda cuando están aprendiendo: "Señorita, no mire usted los árboles."

El equipaje de la señorita ciclista es somero: un espejito y la barrita para los labios. Con estos ligerísimos aditamentos caminan, velocísimas, horas y horas, montadas en sus maquinitas niqueladas, las jóvenes viajeras, que ponen en el barullo y ajeteo de la calle una nota de cosa alada y ligera como un capricho y fugaz como la ilusión.

Es que pasa la sonrisa de la primavera por el asfalto de Madrid.

J U L I O R O M A N O

La afición de a mujer madrileña por el deporte de la bicicleta ha derivado en el concurso de elegancia femenina que anualmente se celebra en el parque del Retiro, con la apertura más o menos simbólica, de la primavera. Las mismas jóvenes que a partir de esta estación invaden alegre y deportivamente las calles de Madrid, concurren a ese certamen en el que la elegancia no se circunscribe a la bicicleta, sino a los vestidos aptos para este sport. El concurso de elegancia femenina en bicicleta correspondiente a este año se celebró en Madrid el domingo 16 de mayo. Al mismo correspondiente de la selección de fotografías que ofrecemos en nuestras páginas. Reportaje fotográfico por CONTRERAS.

